

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 8'50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelve los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará al portador en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31, Paabourg, Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—La correspondencia al Administrador.

Los hermanos Quintero

Osadía sería tratar hoy de hacer un estudio, un juicio crítico de toda la obra literaria de los célebres autores sevillanos. Queremos tan solo dedicar un homenaje de cariño y de admiración á esos esclarecidos ingenios con motivo del estreno en Cartagena de su última comedia "La rima eterna."

Toda la generación presente debemos á estos jóvenes autores ratos de alegría y risueño esparcimiento, alegría que con sus comedias tantas veces han hecho brotar de nuestros corazones, tendiendo siempre en su magna y fecunda labor literaria á poner en práctica la tesis que desarrollan en su comedia "El genio alegre". Quieren siempre los Quintero alegrarnos la vida y gratitud debe un pueblo como el español á quien tal fin se propingra, pues esa alegría de que tanto blasonamos en nuestro país es algo quimérica, son os tristes en general y á esa tristeza mucho contribuyen nuestros artistas y literatos, nuestra prensa y aun el ambiente de desaliento y cansancio que hoy domina á nuestra sociedad. Por eso decimos que los fecundos autores de que hablamos son acreedores á nuestro homenaje de admiración. Pero no solo nos han hecho reír con su teatro: han sabido también hacernos llorar llegando á las fibras más sensibles de nuestros corazones arrancando de ellos lágrimas de ternura y dolor en aquel boceto "La pena" página dramática de inmensa fuerza, nacida, no de rebuscadas situaciones y frases sino de la realidad de la vida en su lado triste y sombrío. Aquel trozo literario es un grito de dolor y ternura, de amargura y enojamiento. Cuando veais representar ese trozo de realidad vivida mirad los ojos de vuestras madres y los verais arrasados en lágrimas de dolor y ternura, recordando al hijo arrebatado por la muerte.

Risa y llanto saben los Quintero hacer brotar de los corazones del público y á más de este, sentimientos poéticos despertados por los encantos de la naturaleza, cual acontece en aquel huerto sevillano, de la linda comedia "Las flores", obra en un principio tan desdeñada por la crítica, pero que los públicos aplaudieron con entusiasmo, distanciándose de esa crítica muchas

veces parcial, egoísta y envidiosa, cual sucedió al estrenarse la obra citada, una de las más acabadas de los notables literatos, y de la que fué paladín esforzado el no menos notable y concienzudo crítico Jacinto Octavio Picón.

Y si estos esclarecidos jóvenes nos hacen sentir esos diversos sentimientos de alegría y dolor, de amor y de ternura llegando á producir las más puras sensaciones en nuestras almas, debemos pagarles esa deuda de gratitud y cuantos seamos sus devotos y admiradores contribuir á la iniciativa feliz que han tenido de elevar una estatua en Sevilla al insigne poeta Gustavo A. Bécquer, del que son esclarecidos descendientes Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.

Cartagena, cuyo público es un entusiasta del teatro de los Quintero, dará una prueba de cultura y tributará un homenaje de admiración á sus autores predilectos, inscribiéndose en la subscripción abierta por el periódico "A B C" para regalar á los autores de "La rima eterna" una medalla de oro, homenaje nacional á esos dos esclarecidos ingenios españoles.

J. M. DE G.

"La rima eterna" de Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.

Conociendo la predilección que nuestro público siente por los autores de la obra que anoche se estrenaba en el Teatro-Circo, teniendo también noticia del éxito que en todas partes ha obtenido la última producción de los Quintero, creía el cronista que el teatro estaría anoche rebosante de público, pero sufrió una decepción al ver que no acudió en la cuantía y calidad que esperaba.

¿Por qué? No es esta la misión del que esto escribe, aunque no se le ocultan las razones y no ha de dejar de apuntar una al menos. Hace tiempo que á nuestro público se le ha ido estropeando el paladar artístico; los cines con sus números sicilpíticos han contribuido á estropear el gusto y los melodramas terroríficos también lo han apartado un poco del teatro de experimentación sencillas suaves, prefiriendo las fuertes y ridículas del melodrama ó las bajas y rastreras de las cou-

pletistas á las que produce el arte fino y exquisito de autores como Benavente y los Quintero que anoche llenaban el cartel.

Admirador ferviente de los autores sevillanos, defensor acérrimo de su teatro por creer que es el más español, el que nos retrata de cuerpo entero, no con tipos y escenas de sainete, que no solo sáinetes, sino comedias de gran valor han producido y que quedarán como modelos, cuando se juzguen en un ambiente de mayor imparcialidad que el que hoy rodea á estas dos figuras de la literatura nacional que brillan con luz propia, ansiaba el cronista ver representada "La rima eterna".

Nació esta obra como tributo de homenaje que los Quintero ofrendaban al insigne Bécquer y seguramente el espíritu del poeta flotaba por la sala de trabajo de los autores como en la obra flota para aquel padre, el espíritu de su hija, como en la *Ensayadora*, penetraron al igual que las rimas del poeta su alma y su esencia con su libro, componiéndose de tal modo libro y persona, que allí vemos cual la ilustre flor de la Peña creada por la memoria de *Leoncio* y nacida por la fantasía de la ensayadora, toda el alma, todo el espíritu del autor de las rimas. Y siendo así ¿cuál no será el ambiente de ternura y poesía que vaga por la escena durante los dos actos de la preciosa y acabada comedia de los poetas hermanos Quintero, descendientes legítimos por la ternura, la poesía y el ingenio de aquél á quien dedican tan bello homenaje?

En "La rima eterna" donde va gloriada aquella poesía del insigne vate, todo es dulzura y placidez como en el trozo gloriado y por el público se difunde un bienestar indecible, sólo interrumpido por los aplausos y los murmullos de deleite, que esa obra poética levanta al espectador más reacción á los encantos de la poesía y así se explica que la obra fuera uno de los mejores éxitos de los notables escritores sevillanos.

La interpretación fué buena, sobresaliendo la señorita Illescas, que encarna divinamente el personaje de la ensayadora. Muy bien las Srías. Emo y Méndez, así como el Sr. Echaide.

Y para terminar he de manifestar el sentimiento que produce al que esto escribe, al ver todo lo días que en el periódico de Madrid A. B. C., y en la relación de las poblaciones que remiten sumas, para el obsequio que se ha

de hacer á los Quintero, no aparezca el nombre de Cartagena, donde tantos admiradores tienen. La subscripción en esta ciudad está abierta en la Droguería de Alvarez y Compañía, calle del Carmen, número 8, y yo en nombre de EL ECO DE CARTAGENA, suplico á sus lectores contribuyan á honrar á los Quintero, con lo que se honrarán á sí mismos.

B. B.

Gritos dispersos

Como una melancólica virgen convaleciente que vé morir la tarde desde su mirador, la infinita amargura del capsculo siente mi juventud enferma de un viejo mal de amor.

Y aspira entre las brisas con ansia que le hace suspirar de tristezas besta desolador, el perfume que viene, el perfume que nace, las osas del mañana y las rosas de ayer.

¿Que te bala en el fuero, estelma desahuciada? Camillas tras el velo de una sombra indecisa y te esperas abiertas las fauces de la nada...

¿Qué castos al pasado ofrece tu ilusión? Dos nombres femeninos, un beso, una sonrisa y algunas quejas sobre tu corazón!

Francisco Villaespesa.

DESDE MADRID

Impresiones.

Los lectores conocen de sobra los repetidos casos de supuestos mendigos que salen al acoso de los transeúntes y que poseen lo suficiente para vivir de modo decoroso. Mujeres que habitan en casas magníficas, caballeros bien acomodados, empleados públicos, toda una brillante representación de la Corte de los Milagros. La prensa se ha ocupado de estos casos, censurándolos con la dureza que merecen. Pero la cosa se ha exagerado también. Los periódicos consecutores dan á entender, ó poco menos, que todos los mendigos que piden y muchos que no piden son canchales disfrazados. Y esto es una imputación abominable, que no se puede tolerar.

Bien está que los ricos guarden el dinero para sí, y que sean parcos en socorrer á las necesidades ajenas. Pero de esto á suponer farsantes á todos los pobres porque algún farsante se disfrace de pediguño, hay un abismo que solo el egoísmo falaz y brujal de los privilegiados puede salvar gentilmente.

Se deseaba un pretexto para desentenderse de los mendigos, y ya lo tienen los bien avenidos con la vida. Los mendigos son unos impostores; todos poseen dinero bastante, todos encuentran trabajos; su miseria es decorativa y teatral, sus lamentaciones arteras. No. No nos conformemos ni nos alegremos tan pronto, hermanos. Hay mucha miseria real por el mundo, hay hambre, hay dolor. Cuando un por-diosero se nos acerque, procuremos socorrerle con nuestra bolsa; y si está exhausta, abstengámonos de dirigir al pobre la injuria mental de suponerle histrión. Probablemente no lo será. Y si lo es representa el papel de muchos pobres que, por una absurda inversión por un tiempo de papeles en esta comedia de la vida, se ven forzados á representar el papel de hombres acomodados, satisfechos, voluntariamente conformes con la presente organización social.

CORRESPONSAL

SOCORROS

Madrid 7-9 m.

En el Consejo de ministros celebrado ayer tarde, se acordó arbitrar recursos necesarios para socorrer á las familias de los naufragos de Levante.

Anticipará Cobián los recursos que se concederán por medio de un crédito extraordinario cuando se conozca la estadística de los perjuicios y de las víctimas.

¡Forasteritos!

¡Vaya unos peines!

Cuando veó un forastero le hago la señal de la cruz.

Y agito convulsivamente la mano derecha, con los dedos puestas *ad-hoc* y exclamo:

¡Lagarto, lagarto, lagarto!

Todos los atorcimos son pocos para librarse del maleficio que irradian esos señores.

A quién, fíjense ustedes: ¿á quién se le ocurre ser forastero en Cartagena? ¿A algún cartagenero? ¿A los forasteros!

¡Cómo abunda esa plaga!

Los hay en todas las clases sociales; desde el Senador del Reino, al Profesor de guitarra y acordeón; desde el Presidente de la Junta magna (*ó magnífica*) del Bloque, al último pariente colocado por don Apolinario.

¡Y así no es posible que vivan los naturales del país!

¡Gracias á que algunos paisanos míos, los más y los mejores, como dice Pepe Vaso, han despertado del marasmo en que vivían y ahora tenemos otro lema:

¡Cartagena, para los cartageneros!

¿Para qué sirve el forastero? Para estorbo.

¿Ocupa un puesto importante en la política, en la milicia ó en la administración?

¡Pues impide que ese puesto lo desempeñe yo, ó un primo de D. Apolinario ó el repañer de algún periódico; alguno cartagenero legítimo.

Y por la ley de impenetrabilidad de los cuerpos, mientras esté sentado en la nómina ese forastero, no podemos sentarnos en ese puesto ninguno indígena.

V tenemos que seguir de pie, lo que como yo, no hemos podido pasar de pretendiente á aspirante.

No debemos gritar solamente ¡guerra al forastero!, es preciso exterminarlos, aniquilarlos, pulverizarlos...

¡E incautarnos de todos sus bienes, muebles é inmuebles!

Esta sería una restitución legítima y no un despojo.

Aquí llega un forastero, se pone á trabajar, emplea un capital, utiliza brazos cartageneros, tierra cartagenera, aire, algo viciado, pero al fin cartagenero, y acrecienta su fortuna y se hace rico; ¿de quién es todo lo que tiene? ¿de los buenos y legítimos cartageneros; *sin éstos*, el forastero no hubiese podido hacer nada; luego si ha usufructuado ese capital, años y años, por exceso de galantería por nuestra parte, hora es ya de que nosotros disfrutemos lo que es nuestro.

¡Ay, mi casa de la Gorieta!

¡Mi eterna pesadilla!

¿V los empleados?

Hecho Napoleón emperador, aplaudió como siempre aquella unión de la vieja sangre con la sangre plebeya; hizo general al conde, después conde; y la hija de Maltever, aunque sin olvidar en el fondo de su corazón el piadoso respeto que debía á los reyes de sus padres, se decidió á aparecer en la nueva corte, de la que muy pronto llegó á ser una de las damas más en boga y más apreciadas.

El general tenía un ayuda de campo, el vizconde Oscar de Vertuil, mozo de antigua alcurnia, arrastrado por el prestigio de la gloria francesa á alistarse como simple voluntario bajo la bandera de los ejércitos victoriosos.

Capitán á los veinticuatro años, ayuda de campo del general, Oscar de Vertuil no había podido ver á la condesa, de tan admirable hermosura, sin sentir por ella un violento amor, atreviéndose un día á declararse.

La señora de Durand era tan virtuosa como bella; tendióle su mano al joven y le dijo:

—Mi esposo os ama como hermano; ¿queréis que yo sea vuestra amiga, vuestra hermana?

El joven oficial se echó á sus pies y le juró que haría por olvidar su culpable amor. Campió su palabra, y no tardó en llegar á mirar á la condesa como á su propia hermana.

Y tanto fué así, que á la muerte del general, á quien una bala cortó la vida en Eylau, el vizconde Oscar de Vertuil, que hubiera podido entonces pedir la mano de la condesa, no pensó en ello, continuando en no ver en ella sino á la viuda de su

Con estas indicaciones la señora de Durand y su compañero avanzaron sus caballos, tomando el camino de Montmorín. La rija no era, en efecto, sino un sendero, comunal, sin traza alguna, y lleno de baches á consecuencia de las últimas lluvias; seguía hasta el fin las sinuosidades de uno de esos pequeños valles silvestres, tan frecuentes en el Morván, y cubiertos de espeso bosque.

Cabalgaron ambos viajeros durante dos horas sin encontrar alma viviente, y los sorprendió la noche. En ese momento atravesaba un leñador cargado de un haz de rajas sobre la cabeza, y el comandante le preguntó:

—¿Falta mucho hasta Montmorín?

—Una legua todavía, señor. Pero, ¡diantre! Es preciso darse prisa y llevar mucho cuidado.

—¿Y por qué lo decía?

—Porque va siendo de noche, y de noche no es bueno caminar.

—¡Imbecil!

—¡Hay que mirar con fiencia al Salto del Lobo!

—¿Y qué es el Salto del Lobo?—preguntó la señora de Durand, poco satisfecha de la primera definición que la había dado el maestro de postas.

—Señora—respondió el leñador,—es toda una historia muy larga de contar.

—¿Con todo?

—¡Ah!—prorrumpió el ladino del lugareño—si no tuviera tres leguas que andar yo oía la contera

—¿Qué distancia hay de aquí á Montmorín?—preguntó.

—Tres leguas del país, es decir, cuatro horas de marcha á caballo.

—En ese caso, llegaremos á las ocho.

—Así, así.

—Pues bien! Ensilad los caballos; iremos á buscar á Montmorín.

—Señora—dijo el maestro de postas, en el instante que la condesa montaba á caballo,—las últimas lluvias han acabado de estropear los caminos. El de Montmorín está en muy mal estado.

—¿Es cosa de poder entrarse?

—No, hasta el vado del Salto del Lobo.

—¿Qué vado es ese?

—El sitio por donde se cruza el Cuaño; A los caballos en ese paraje les llega el agua hasta el vientre; pero es preciso no errar la dirección.

—¡Ah!—exclamó la condesa.

—Un poco más abajo—continuó el maestro de postas,—hay un remolajo peligroso. Si pasáis cien metros más allá, de seguro seréis sumergida.

—¡Diable!—murmuró el comandante.

—Sin embargo—repuso el posadero,—no es posible equivocarse. El camino llega precisamente enfrente del vado, y una haya vieja plantada en la orilla opuesta sirve de indicador.

—Muy bien. Seremos prudentes.

—Además—añadió el posadero,—á las ocho todavía alumbraba la luna.